
Nuestro Dios supera al dios de los gitanos; es más paternal y noble, aunque algunos de nosotros admitimos a regañadientes que su dios es más autoritario que el nuestro, a quien no hemos visto ni oído desde que se elevara de Su cuerpo y prometiera salvarnos del peligro, algo que ha hecho, aunque en secreto, y si pudierais presenciar Sus magníficos actos sin duda os derretiríais, asombrados, tan generoso y grandioso es Él, nuestro Salvador, que habla con una voz que no es ni una voz, ni el canto de ningún pájaro, ni el crepitar de los troncos en llamas, ni el crujir de los zapatos sobre la arena. La voz de Dios es el silencio, el silencio que hay más allá del silencio, el ruido que hay más allá del ruido, la oscuridad más oscura, el alma de la luz. Sin embargo, hemos terminado viendo a su dios como a una autoridad local a la que hay que tener en cuenta y, con ello, se ha alcanzado una distensión práctica. No rendimos tributo a esa divinidad menor, ese déspota astral mezquino y vengativo, ese burócrata, chulo arrabalero y castigador de esperanzas, simplemente admitimos que está ahí, aunque ese simple estar confirma el escándalo de su presencia y vindica a nuestro Dios, que, muy ilustrativamente, no está ahí; no sólo no está ahí, sino que no está ni siquiera cerca de ahí, está en todas partes excepto en este sucio, mancillado y derrotado mundo material. Ponemos a prueba a su

demiurgo con ironía y fervor; sus poderes son evidentes, anhelamos desesperadamente la vida.

Y así, la interminable guerra finalmente terminó. Hungría se cansó de masacrarnos y nosotros de masacrarlos a ellos, aunque lo cierto es que ellos tenían mucha más facilidad para la masacre, algo que constatamos con decepción, pues nos creíamos unos grandes masacradores. Cuando la buena noticia llegó, salimos a la calle, bailando, cantando y enarbolando banderas. Sin embargo, había pocas calles por las que desfilar, pues la mayoría habían quedado arrasadas y enterradas bajo los escombros. Todos, al parecer, habíamos visto caer los edificios y volar los adoquines, ganado que salía despedido por la fuerza de las explosiones, cerdos que cruzaban el cielo, fragmentos de las casas de nuestros vecinos que atravesaban nuestras paredes; la mayoría de nosotros habíamos visto cómo nuestras pertenencias quedaban reducidas a ceniza y habíamos subido a lo alto de montañas de reliquias familiares hechas añicos. Intentamos rescatar libros, acaso algunas sillas, pero los pianos, los relojes de pie de nuestros antepasados, las mesas, las camas y los espejos, apenas sobrevivieron. Pronto olvidamos los detalles de esas pertenencias malogradas, las marcas, las inscripciones y las pequeñas historias privadas; incluso olvidamos el olor de los escombros, aunque casi cada noche regresamos junto a esas ruinas, en sueños, la música del olvido en nuestros oídos.

Es cierto que habíamos sufrido, pero había días en que el dolor parecía algo distante, mientras estábamos en la cola del pan o esperábamos noticias del frente, mientras nuestros hijos jugaban a nuestros pies y los observábamos con esa mezcla de orgullo y terror que sienten los padres. Algunos incluso organizábamos barbacoas y fiestas, mientras otros formaban equipos o escribían poemas bajo los

robles, si bien eso era algo de lo que disuadíamos a la gente, o de lo que intentábamos disuadirla, aunque, cuanto más lo intentábamos, más gente lo hacía, de modo que al final decidimos ignorarlo; eso dio mucho mejor resultado. Se oía música a todas horas, siempre había una banda con trompetas, trombones, tubas y tambores, saxofones y violines, y una mujer bailando la danza del vientre para los hombres; los músicos eran todos gitanos, y cuánto odiábamos a los gitanos, cuántas sospechas nos provocaban y cómo deseábamos que se ducharan, aunque muy pocos tenían agua corriente, pues todos vivían en guetos. Aquellos días estábamos muy necesitados de música, aún lo estamos; los gitanos tocan mejor que nosotros, pero eso sólo demuestra la vacuidad del experto. Interpretar la música divina con soltura no te acerca más a Dios, sólo en la pobreza inherente a la sumisión ante el Altísimo se revela Su inmenso poder; que ninguna canción puede capturar. Nosotros no somos un pueblo musical. En cambio, la música es su dios, su tentación, su blasfemia; la música es frívola, fatua, sacrílega, aunque si estás en la cola del gulasch, o trabajando, o relajándote después del trabajo, haciendo el amor o rezando, si sufres privaciones, la música puede ser un alivio, siempre y cuando seas consciente de que ocupa un lugar inferior dentro del orden divino.

El desfile al final de la guerra no fue espléndido, como los desfiles del pasado, con una multitud de ciudadanos lanzando vítores y columnas de soldados orgullosos, radiantes. Salimos como buenamente pudimos de nuestros cobertizos y nuestras trincheras, enarbolando banderas y tarareando una melodía que fue subiendo de volumen a medida que fuimos creciendo en número, una viuda aquí, unos niños allá. Los líderes de la ciudad se reunieron en lo que quedaba de la sede del Gobierno, apenas la fachada de

un edificio otrora orgulloso, de color amarillo canario y dos manzanas de ancho, ahora apenas un muro tizado por el humo en medio de la devastación, los pórticos de columnas reventados, como una dentadura plagada de mellas. Cuando nuestros soldados regresaron, ocupamos las pocas calles transitables y las azoteas del puñado de edificios que seguían en pie, jubilosos. Los borrachos se encaramaron a las farolas y treparon por los desagües, y todos aclamamos a Dios y lanzamos confeti, incluso los gitanos, que cada día eran más.

Había una mujer que parecía gitana, aunque ella juraba ser sueca; la posible gitana avanzaba entre la multitud acompañada por su marido, siguiendo la melodía de nuestras canciones, aunque no la letra, pues los suecos eran unos recién llegados que, inseguros aún de todo, fingían gozar de las costumbres locales a pesar de no comprenderlas o ni siquiera conocerlas. «Nos integraremos», se decían durante el viaje a través de bosques, montañas y campos de batalla, prados y ríos, saltando por encima de los cuerpos, la Tierra entera un gran cementerio, los acuíferos atascados por los cuerpos, casi todos los arroyos, ríos y corrientes obstruidos por los cadáveres, y las estrellas sus débiles y distantes compañeras, ante el inminente nacimiento de su hijo.

—Creo que ha llegado el momento —dijo ella el día del desfile.

Lo sabía desde hacía horas, pero había intentado ocultarle el dolor a su marido, pues con las celebraciones podía resultar peligroso montar un escándalo. La agonía del parto le resultaba insoportable y apretaba con fuerza la muñeca de su marido. El dolor le llegaba en oleadas, mientras se abrían paso entre la multitud, y le arrebatava el aire de los pulmones. Su marido era frágil y lloraba al menor contratiempo, un hombre delicado, el Pajarero Delicado.

—Oye, Pajarero Delicado —le dijo ella—, estoy a punto de tener el bebé.

Entonces se apoyó en él y dejó que la guiara entre la multitud, hasta la cafetería abandonada que habían convertido en su hogar, donde se tendió encima de la mesa y se mordió la mano para no chillar.

Su marido estaba asustado.

—¿Qué hago? —le preguntó.

—Dime que empuje.

—¡Empuja! ¡Empuja!

Ella empujó. Él rebuscó detrás del mostrador, encontró una jarra de agua y se la llevó.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—No lo sé, me ha parecido que traerte agua era lo apropiado.

—¡AAAAAHHHHHHHHH! —gritó ella.

—Cariño, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —dijo ella entre los envites de dolor—. Busca un cuchillo, lo necesitarás para cortar el cordón.

Apenas le salían las palabras, tan grande era su sufrimiento, que estallaba a intervalos regulares. Juntos habían sobrevivido a tormentas, bandidos, campos de batalla, interrogatorios, formaciones naturales tan extrañas que ni siquiera tenían nombre, géiseres ocultos y barro ardiente, para terminar ella tendida encima de una mesa, un desfile en la calle y su marido detrás del mostrador de una cafetería buscando un cuchillo. Habían sido objeto de examen desde su llegada. Viajar por el mundo era sumamente arriesgado, por eso parecía que quienes lograban sobrevivir tenían que estar confabulados con sus peligros. Su marido regresó con un cuchillo. Ella le apretó la mano en un último crescendo, los límites de su visión borrosos y enrojecidos. «A lo mejor desentonarás menos sin mí», pensó, pero no lo dijo; él no

iba a encajarlo bien, nunca encajaba nada bien, aunque lo intentaba, tenía buenas intenciones. Ella lo quería y él había hecho lo posible por ella, aunque sabe Dios que había sido más bien poco. El dolor llegó de nuevo, y ella lo combatió gritando y aferrándose a su marido, intentando mantener la oscuridad a raya hasta haber tenido el bebé.

«Ya falta poco», pensó ella.

«Tengo miedo», pensó él.

¿Qué iba a hacer sin ella?, se preguntó la mujer. La cafetería donde vivían no era lugar para un bebé. ¿De dónde iba a sacar comida su marido? La agonía empezó de nuevo: los intervalos eran cada vez más cortos, tanto que ya no se podía hablar de intervalos, ni siquiera de pausas; eran momentos, tal vez. Suspiros. Le habría dicho que lo amaba si aquellas palabras no la hubieran avergonzado, y qué demonios importaba aquello ahora, la mujer chillaba, chillaba, sudaba, gracias a Dios el ruido del desfile silenciaba su voz.

—Ponte ahí y prepárate —le dijo, ahogando un grito.

Él se apartó de su lado y se colocó ante su útero, ella tenía la garganta hecha jirones, pero no iba a necesitarla más, y empujó, empujó, oh Dios. Ahí estaba. Su marido lo cogió, lo levantó.

—Dale un cachete como te dije. —Él lo hizo—. Más fuerte —insistió ella—, hasta que lllore. Sólo sabremos que está vivo si llora.

Él le dio un cachete más fuerte, en las nalgas, aterrorizado como nunca por la crueldad de la vida. El bebé lloró.

—Es un niño —dijo él.

Ella notó que una sonrisa se desangraba sobre su cara, una sensación de lo más extraña. El color había empezado a desvanecerse ya de su visión, como si alguien lo sorbiera con una pajita.

Pero no lloramos tu muerte prematura, sueca, que fuiste liberada de tu cuerpo como de un Egipto del alma. Somos nosotros quienes estamos condenados, mientras que tú eres libre; nosotros quienes, espíritus cadáveres, nos afanamos por debajo de los vivos, blandiendo nuestros cuchillos fantasma ante una plétora de nada, y tú quien ve la Tierra desde lo alto, tensa y palpitante, como el corazón de un pajarillo.

1

Diecisiete años más tarde llegaron los extraños y extravagantes nidos de los pájaros, los montones de ramas y corteza, piedras, como almiares en los árboles. Y, con ellos, el aletear de alondras y gorriones, la abundancia de serretas, golondrinas, alcas, correlimos, colibríes, águilas pescadoras, urracas, paros, mirlos, azulejos, orioles, hortelanos, picogordos, ampelis, currucas, sinsontes, carrizos, tordos, juncos, fochas, cucos, martinetes, palomas y búhos, que doblaban nuestras ramas y salpicaban el aire con sus trinos, mientras nosotros empujábamos nuestros cochecitos de bebé por los bulevares. Por aquel entonces teníamos tantos niños que el tumulto de los cementerios había quedado en silencio. Nunca les habíamos prestado demasiada atención a los pájaros hasta aquel domingo en las Escaleras, cuando una bandada de abubillas cubrió el sol, cien mil cardenales en la Plaza como un mar de sangre reseca. Desbordaron nuestra ciudad en un día.

Las golondrinas sobrevolaron el pabellón de deportes, cantando, y se colaron en el interior a través de una grieta en el techo; las garcetas brincaban junto a las puertas, como guardianes, observando fijamente con sus oji-

tos centelleantes a todo aquel que entraba. En el interior, un gran número de ciudadanos debatía sobre la causa de aquella invasión de pájaros. El Profesor encendió su pipa y dijo:

—No tienen dónde vivir, todos los árboles han sido talados para hacer fuego o han muerto como transeúntes inocentes, nuestros antiguos bosques son hoy campos de tocones.

Desde los asientos baratos, los gitanos exclamaron que los pájaros eran las almas de los muertos. El cura insistió que el alma no es un pájaro.

—¿Qué es el alma? —le preguntamos.

—El alma —dijo— es una niebla que ronda nuestros cuerpos y que, desatada por la muerte, asciende hasta los azules campos del cielo.

Ofendidos, los gitanos abandonaron el pabellón. Empezaron a atraer a los pájaros, construyendo pajareras amarillas con bebederos y comederos, adornadas con retales de satén morado a los que ningún pájaro se podía resistir. A menudo veíamos a algún gitano persiguiendo a un pajarillo, corriendo tras él mientras le decía: «Marido/hermano/madre del alma, te he echado de menos todos estos años, he guardado el edredón carmesí que tejiste, tu silla favorita, tus zapatillas.» El gueto gitano estaba repleto de antiguallas del pasado: tocadores sin cajones, sillones sin patas y espejos sin reflejo. En el cielo, los pájaros seguían con sus trinos y fingían no darse cuenta de nada. A lo mejor los muertos no ven a los vivos, o a lo mejor los ven pero no responden, o a lo mejor en realidad los pájaros no eran los muertos. Los gitanos insistían en que sí y les presentaban sus reliquias familiares y sus niños.

Es cierto que los extraños pájaros de nuestros jardines nos molestaban, y que nuestras plazas y otros lugares

públicos se habían convertido en espacios de recreo para esas criaturas. ¿Cómo íbamos a acostumbrarnos a las montañas de herrerillos, altas hasta la cintura, que encontramos ante la puerta de nuestras casas, o a que salieran faisanes de nuestros armarios? Más allá del problema de los apestosos pegotes de sus excrementos, nos desconcertaba inevitablemente aquella extraña pero seductora idea de los gitanos según la cual los pájaros eran nuestros padres, o nuestros amantes, o nuestros hijos, o nuestros enemigos, o nuestros soldados fallecidos en la guerra. Los curas nos advertían en sus sermones de que hablar con los pájaros era una blasfemia. De ahí nuestro dilema cada vez que un pájaro frotaba su pico en nuestros zapatos, o nos acariciaba el pelo con un ala. Algunos les hablábamos entre murmullos, susurrando desde los bancos de los parques a la hora de comer, o a través de las ventanas, o mientras rastrillábamos el jardín. Sus trinos, en su día fuente de consuelo y distracción, ahora nos asustaban. Algunos perdían los nervios y talaban árboles, o abatían los pájaros a tiros. Los disparos volvían a ser algo habitual, pero en esta ocasión su objetivo eran las aves. Los cuerpos de los pájaros se agolpaban en alcantarillas y aceras, y los niños les rogaban a sus padres que no les dispararan. Peor que los pájaros eran los disparos que no acertaban su objetivo. Muchos morían por culpa de las balas perdidas, sobre todo otros cazadores, viejos de cuyos cuerpos se alimentaban las águilas ratoneras, mientras los demás nos refugiábamos en los sótanos.

Nuestras calles estaban llenas de artistas indeseables, más que nada trovadores gitanos. De entre todos los instrumentistas, acróbatas, contorsionistas y bufones, músicos de pandereta y flautistas, había dos en particular que sobresalían: un padre y su hijo que tenían el poder de con-

trolar a los pájaros. Estábamos convencidos de que eran gitanos, pero el padre juraba que no era así.

—No os dejéis engañar por nuestros ojos verdes y nuestro pelo rojo —decía—, no somos gitanos, sino suecos.

El hombre había llegado hacía diecisiete años con su mujer, que había muerto dando a luz el día del desfile. Su hijo estaba rodeado por un mar de pájaros, como si fuera a ahogarse, pero éstos obedecían sus órdenes, y quienes veían su cara demacrada y angulosa entre los cardenales de color de fuego y el humo de los cuervos, negros como el hollín, lo contemplaban, sobrecogidos, pues ¿quién es capaz de apartar la vista de alguien que ha sobrevivido indemne a un infierno?

El Chico Pájaro, porque así es como lo llamábamos, actuaba al pie de las Escaleras Españolas, unas escalinatas doradas que iban de las fuentes a las tiendas y los restaurantes de más arriba, de modo que los comensales y los compradores podían ver al chico y sus pájaros. Los pájaros que él controlaba cubrían el cielo como una sábana y adoptaban la forma de flores, gatos y árboles, de pies marchando por una calle llena de confeti, de banderas y de rostros jubilosos, de llamas y de nubes veloces.

El Chico Pájaro se llevaba las mayores ovaciones cuando realizaba retratos de los espectadores. Su padre prefería que ofreciera empalagosos retratos de bebés con sus madres, y aunque al chico le gustaba mezclar sus caras y sus cuerpos, contorsionar y retorcer sus semblantes hasta lograr imágenes inconcebibles, su padre insistía en que fuera amable e hiciera amigos.

—Si los avergüenzas o los insultas, nos matarán —le decía—. Ofreceles lo que quieren y dales las gracias por su dinero.

El Hombre Pájaro, como lo llamábamos, no actuaba

casi nunca; él se limitaba a supervisar a su hijo y a preocuparse.

Entre los seguidores más leales del espectáculo de los pájaros había una chica que siempre acudía acompañada por su madre. Quienes las observaban de cerca se percataban de que eran la mujer y la hija del Juez Giggs, a la que el Chico Pájaro reconoció por los retratos que había visto por toda la ciudad. En su día habíamos admirado a la señora Giggs, pero entonces su hijo Charlie había muerto en la guerra y el dolor la había transformado. Actualmente ya casi no hablaba con nadie. El pelo se le había vuelto blanco como las telarañas, y su rostro y su porte eran grises. Era como si la aquejara toda la tristeza que los demás nos habíamos esforzado por reprimir. La habríamos rehuido si ella no nos hubiera rehuido antes a nosotros.

La señora Giggs estaba obsesionada con Katherine, su hija, a quien cubría la frente de besos y tenía siempre entre los brazos. Para protegerla, suponíamos, para mantenerla a ella alejada del mundo y el mundo alejado de ella, aunque Katherine siempre intentaba escabullirse. La señora Giggs tenía también un hijo llamado Mike, un matón famoso que robaba a los pobres para quedárselo él. La edad de Mike era un tema controvertido, pues por el bien de su reputación, y teniendo en cuenta sus numerosos fracasos, era preferible decir que tenía diecinueve años, cuando en realidad tendría unos veintitrés. Vagaba por la ciudad con sus amigos, y era soldado como su padre y su hermano. Pero era Katherine, de quince años, en quien se centraban las atenciones de la señora Giggs, que la cogía de la mano, le alisaba el pelo y le llenaba los oídos de advertencias.

Katherine amaba al Chico Pájaro con un amor que le

hacía sonrojarse, a pesar de los esfuerzos de la muchacha por ocultarlo, un amor que no había elegido, un enamoramiento que la abrumaba; su corazón, atravesado por una flecha, sangraba y se regocijaba en su propio dolor. Nunca se cansaba de mirarlo. Lo había visto por casualidad durante una visita a la ciudad y ahora tenía que verlo cada día.

El padre de Katherine, Charles Giggs padre, era nuestro gobernante. Lo llamábamos Juez porque a él le gustaba ese nombre y a nosotros nos gustaba lo mismo que a él. El Juez imponía su voluntad con métodos que ahora mismo preferimos no revelar. Alégrate simplemente de no haberlo conocido nunca. Los Giggs eran un clan antiguo, rico y triste; sus miembros regían la ciudad desde hacía varias generaciones.

El chico que controlaba a los pájaros se llamaba Morgan. Lo habían bautizado así para que se integrara. Su padre era Zvominir, bautizado en Suecia hacía mucho tiempo. El nombre de la madre no lo mencionó nunca nadie, ni ellos ni nosotros.

Las calles del gueto eran tan estrechas que los hombres saltaban de tejado en tejado, tan estrechas que los carruajes no cabían entre las casas, tan estrechas que la luz del sol cortaba la penumbra de la callejuela donde vivía el chico apenas ocho minutos al día; el sol era una monedita sucia, nada más. Pájaros sin rumbo se agitaban en lo alto como hojas de té. El hedor a basura putrefacta abrumaba al muchacho. El aceite de cocina se mezclaba en las alcantarillas con trozos de verdura y mondaduras de fruta. Morgan perseguía a las ratas, que huían con su comida. Las ratas eran atrevidas y le robaban las cosas de las manos; debía tener cuidado con el pan.

Un trío de matones ricos y bien vestidos, entre ellos,

Mike Giggs, acosaban a veces al Chico Pájaro cuando éste se marchaba de las Escaleras Españolas, antes de la cena, y lo perseguían por los callejones oscuros y humeantes. Lo agarraban por la garganta hasta que se ponía morado y le robaban el dinero. Por lo general lograba esquivarlos, aunque no siempre.

Un día, un grupo de cisnes alertaron a Morgan con sus gritos de que aquel trío se preparaba para atacar. Se abatieron en picado desde un tejado, chillando como locos, y cuando miró a su alrededor, Morgan vio inmediatamente a los chicos, que ya se dirigían hacia él, sonriendo y con los puños apretados. Los transeúntes se dispersaron, porque reconocieron a Mike por las fotos y porque a menudo éste los atacaba también a ellos. Pero los cisnes habían sacado a Morgan del apuro y le habían proporcionado una ventaja inicial que le permitió escapar. El Chico Pájaro hizo que los cisnes lo siguieran a través del cielo (pues habían echado a volar), hasta que estuvo a salvo.

Aquella noche le contó a su padre lo sucedido: los cisnes le habían salvado la vida. Lo amaban, dijo, lo habían ayudado, se habían comunicado de veras.

El Chico Pájaro, el Hombre Pájaro y los cisnes estaban en la cafetería. Morgan había hecho entrar a los pájaros. Era como si los hubiera adoptado. Zvominir dijo que había intentado en numerosas ocasiones hablar con los pájaros y tratarlos como humanos, pero que nunca había funcionado: eran bestias y se limitaban a seguir órdenes. No quería herir los sentimientos de Morgan, tan sólo deseaba aclarar aquel error, pero Morgan hizo un mohín.

—Baja la voz —le dijo—, te van a oír los cisnes.

Un estrépito súbito atrajo a los suecos a la cocina, donde los cisnes estaban hurgando en la basura, buscando comida. Eran enormes y la cafetería no era lo bastante

grande para ellos, de modo que Morgan se los llevó por la calle hasta las fuentes que había junto a las Escaleras, o, mejor dicho, intentó llevárselos por la calle, pero sus patas no estaban hechas para caminar, de modo que echaron a volar y se reunieron con él allí. Las patas anaranjadas y palmeadas de los cisnes eran lo que más le gustaba de ellos, junto con sus barbillas, aquellos cuellos tan largos y delicados, y naturalmente su lealtad absoluta, que él juró devolverles protegiéndolos eternamente. La fuente era su casa, les dijo a la cincuentena de transeúntes que había en la Plaza.

—Ellos son mis protectores y yo el suyo.

Los transeúntes sabían que era el Chico Pájaro y lo miraban con miedo. Éste hizo que los cisnes aterrizaran en la fuente, donde chapotearon como niños felices.

La fuente era una gran charca azul celeste, con ninfas de cemento y una concha de marfil gigante en un extremo. Morgan consiguió que los cisnes planearan sobre la superficie y el agua se levantó a su paso. Con el sol poniente, la fuente parecía brillar con luz líquida.

Morgan alimentaba a los cisnes cada día con comida que compraba con el dinero que sacaba de sus espectáculos, mientras él y Zvominir pasaban hambre. También logró que otros cisnes de la ciudad se unieran a su tribu y les puso nombre a todos: Harry, Rupert, Hector, Heathcliff, Lavernius, Courtney, Melody, Elodie, Eloise, Dwayne. Lavernius y Heathcliff eran jóvenes y aún no sabían volar, sus plumas aún eran en parte pelaje. Morgan consideraba a los cisnes sus mejores amigos. Los cisnes fomentaban la concordia en la ciudad, le dijo a su padre, que le devolvió una mirada incrédula.

—Mi público los adora.

Los cisnes hacían malabarismos con raquetas encima

del pico; podían unir los cuellos y cruzar el cielo volando como una estrella de muchas puntas. A la gente le encantaba ver cómo, al atardecer, convertían el agua en llamas. Los cisnes formaban pirámides, con las dos crías en lo más alto.

Practicar con los pájaros le permitió a Morgan descubrir los límites de su poder. Era capaz de que un pájaro hiciera cualquier cosa desde más o menos un kilómetro de distancia, siempre y cuando pudiera verlo; podía hacerlos volar de todas las formas imaginables, u obligarlos a emigrar de la ciudad durante un máximo de tres días, tras los cuales siempre regresaban, seguramente por lo mismo que los había llevado hasta allí la primera vez, aunque ni él ni Zvominir sabían qué podía ser. Zvominir tenía un poder ligeramente superior al de Morgan, pero lo utilizaba de forma más circunspecta.

Los gitanos hablaban con susurros, asombrados. Habían venerado a los pájaros durante toda la historia de su tribu y les rezaban cada día, pero ninguna de sus profecías o liturgias había predicho aquel poder. ¿Acaso Zvominir y Morgan eran profetas? ¿Eran hombres? ¿Eran dioses?

Los temores que Morgan provocaba en Zvominir le causaban un dolor incesante en el pecho. Para él, la paternidad era como una herida que nunca llegaba a cicatrizar. El chico no hacía nada sin pasión y Zvominir temía que, en su afán por protegerlo, hubiera infundido en su hijo una propensión al peligro, cuando lo único que había querido era mantenerlo a salvo, como si el amor de los padres pudiera tener el efecto contrario al deseado tan sólo.

El Hombre Pájaro había nacido en un país llamado Suecia, muy lejos de nuestra ciudad. Su pueblo había quedado asolado y su gente se había dispersado por un mun-

do inhóspito; su mujer había muerto ante sus ojos. Todas las cosas que un día había amado habían terminado destruidas; excepto su hijo. Su rostro asustaba a casi todos, lleno de arrugas horizontales y huecos sombríos, como un acantilado erosionado por el mal tiempo, sus ojos verdes abiertos de par en par, aterrorizados, rodeados por unos cercos tan oscuros que parecían una puerta al abismo.

Zvominir se sentó a cenar con Morgan en la cafetería donde su mujer había dado a luz. Comieron en la mesa donde ésta había muerto.

—No deberías provocar a los chicos que te persiguen —dijo su padre.

—No los provooco. Me pegan palizas y me roban el dinero. ¿Por qué me echas la culpa a mí?

—Tienen miedo, están traumatizados por los pájaros.

—No tienen ningún miedo. Me pegan unas tundas de cuidado.

Cada noche rezaban por la madre de Morgan.

—¿Cómo era mamá? —preguntó Morgan.

—Era intrépida —dijo Zvominir.

Zvominir no era intrépido. Trabajaba en el comedor que habían instalado en las ruinas del viejo edificio del Gobierno, que Hungría había medio destruido y que ahora hacía las veces de museo y de espacio para acontecimientos, un homenaje al Juez y al reinado de su familia. Cada día se celebraban ceremonias, durante las cuales Zvominir servía patatas y evitaba cualquier tipo de contacto visual. Le sonreía a su jefe hasta que le dolían las mejillas. Tenía miedo. Los funcionarios lo asustaban, los gitanos lo asustaban, su propio hijo lo asustaba; lo asustaba todo el mundo, incluso los pájaros.

A Morgan no lo asustaba nada.

Fueron necesarios varios años para despejar las rui-